



LAS FLORES DEL MAL



CHARLES
BAUDELAIRE

CHARLES BAUDELAIRE

LAS FLORES DEL MAL

Traducción y notas

Carlos Pujol



SUMARIO

<i>Al lector</i>	15
----------------------------	----

ESPLÍN E IDEAL

I. Bendición	19
II. El albatros.	23
III. Elevación	24
IV. Correspondencias	25
V.	26
VI. Los faros.	28
VII. La Musa enferma	30
VIII. La Musa venal	31
IX. El mal monje	32
X. El enemigo	33
XI. La mala suerte	34
XII. La vida anterior	35
XIII. Gitanos de viaje	36
XIV. El hombre y el mar	37
XV. Don Juan en los Infernos	38
XVI. Castigo del orgullo	39
XVII. La belleza	40
XVIII. El ideal.	41
XIX. La gigante	42

XX.	La máscara	43
XXI.	Himno a la Belleza	45
XXII.	Perfume exótico	47
XXIII.	La cabellera	48
XXIV.		50
XXV.		51
XXVI.	Sed non satiata	52
XXVII.		53
XXVIII.	La serpiente que danza	54
XXIX.	Una carroña.	56
XXX.	De profundis clamavi	58
XXXI.	El vampiro	59
XXXII.		61
XXXIII.	Remordimiento póstumo.	62
XXXIV.	El gato	63
XXXV.	Duellum	64
XXXVI.	El balcón	65
XXXVII.	El poseso	67
XXXVIII.	Un fantasma	68
XXXIX.		71
XL.	Semper eadem	72
XLI.	Toda entera	73
XLII.		75
XLIII.	La antorcha viviente.	76
XLIV.	Reversibilidad	77
XLV.	Confesión	79
XLVI.	El alba espiritual	81
XLVII.	Armonía del crepúsculo	82
XLVIII.	El frasco	83
XLIX.	El veneno	85
L.	Cielo brumoso	86
LI.	El gato	87
LII.	El hermoso navío	89
LIII.	La invitación al viaje	91
LIV.	Lo irreparable	93
LV.	Plática	95

LVI.	Canto de otoño.	96
LVII.	A una Madona	98
LVIII.	Canción de siesta	100
LIX.	Sisina	102
LX.	Loas de mi Francisca	103
LXI.	A una dama criolla	105
LXII.	Moesta et errabunda	106
LXIII.	El aparecido	108
LXIV.	Soneto de otoño	109
LXV.	Tristezas de la luna	110
LXVI.	Los gatos	111
LXVII.	Los búhos	112
LXVIII.	La pipa.	113
LXIX.	La música	114
LXX.	Sepultura	115
LXXI.	Un grabado fantástico	116
LXXII.	El alegre muerto	117
LXXIII.	El tonel del odio	118
LXXIV.	La campana hendida	119
LXXV.	Esplín	120
LXXVI.	Esplín	121
LXXVII.	Esplín	123
LXXVIII.	Esplín	124
LXXIX.	Obsesión	125
LXXX.	El sabor de la nada	126
LXXXI.	Alquimia del dolor	127
LXXXII.	Horror simpático	128
LXXXIII.	El heauntontimorumenos	129
LXXXIV.	Lo irremediable	131
LXXXV.	El reloj	133

ESTAMPAS PARISIENSES

LXXXVI.	Paisaje	137
LXXXVII.	El sol	138
LXXXVIII.	A una mendiga pelirroja	139

LXXXIX.	El cisne	142
XC.	Los siete viejos	145
XCI.	Las viejecitas	148
XCII.	Los ciegos	152
XCIII.	A una que pasa	153
XCIV.	El esqueleto labrador	154
XCV.	El crepúsculo de la noche	156
XCVI.	El juego	158
XCVII.	Danza macabra	160
XCVIII.	El amor de la mentira	163
XCIX.		165
C.		166
CI.	Brumas y lluvias	167
CII.	Sueño parisiense	168
CIII.	El crepúsculo de la mañana	171

EL VINO

CIV.	El alma del vino	175
CV.	El vino de los traperos	177
CVI.	El vino del asesino	179
CVII.	El vino del solitario	182
CVIII.	El vino de los amantes	183

FLORES DEL MAL

CIX.	La Destrucción	187
CX.	Una mártir	188
CXI.	Condenadas	191
CXII.	Las dos hermanas	193
CXIII.	La fuente de sangre	194
CXIV.	Alegoría	195
CXV.	La Beatriz	196
CXVI.	Un viaje a Citera	198
CXVII.	El amor y el cráneo	201

REBELIÓN

CXVIII.	La negación de san Pedro	205
CXIX.	Abel y Caín	207
CXX.	Las letanías de Satán	209
CXXI.	La muerte de los amantes	212
CXXII.	La muerte de los pobres	213
CXXIII.	La muerte de los artistas	214
CXXIV.	El fin de la jornada	215
CXXV.	El sueño de un curioso	216
CXXVI.	El viaje	217

APÉNDICES

LOS SEIS POEMAS PROHIBIDOS

I.	Lesbos	229
II.	Mujeres condenadas	232
III.	El Leteo	236
IV.	A la que es demasiado alegre	238
V.	Las alhajas.	240
VI.	Las metamorfosis del vampiro	242

POEMAS DIVERSOS

I.	La puesta de sol romántica	247
II.	El surtidor.	248
III.	Los ojos de Berthe.	250
IV.	Lola de Valencia	251
V.	Sobre «El Tasso en prisión» de Eugène Delacroix	252
VI.	La voz	253
VII.	Lo imprevisto.	255
VIII.	El rescate	258
IX.	A una malabar	259

X.	Epígrafe para un libro condenado	261
XI.	La tapadera	262
XII.	El examen de medianoche	263
XIII.	Madrigal triste	265
XIV.	El avisador	267
XV.	El rebelde	268
XVI.	Muy lejos de aquí	269
XVII.	El abismo	270
XVIII.	Los lamentos de un ícaro.	271
XIX.	Recogimiento	272
XX.	La Luna ofendida	273
XXI.	Orgullo	274
XXII.		275
XXIII.		276

I

BENDICIÓN

Cuando así lo decretan los poderes supremos
y el Poeta aparece en el tedio del mundo,
espantada su madre, barbotando blasfemias,
crispa un puño hacia Dios, que con ella es piadoso:

—«¡Ah! ¿Por qué no parí un ovillo de víboras
en lugar de dar vida a irrisión semejante?
¡Oh, maldita la noche de placeres efímeros
en que pudo mi vientre concebir mi condena!

Ya que Tú me elegiste entre toda mujer
para ser el desprecio de mi triste marido,
y que no me es posible arrojar a las llamas
como esquila de amor monstruo tan desmedrado,

voy a hacer que recaiga la aversión que me abruma
sobre el útil maldito que forjó tu maldad:
torceré de tal modo ese árbol mezquino
que jamás podrá echar sus infectos rebrotes.»

Así traga de nuevo la espumilla de su odio,
e incapaz de entender los designios eternos,
ella misma dispone en la oscura Gehena³
las hogueras que el crimen de una madre castigan.

3. El Infierno.

Mas tendrá la tutela invisible de un Ángel
aquel hijo maldito, se emborracha de Sol,
y cualquier alimento, cualquier cosa que beba
le parece ambrosía o bien néctar bermejo.

Jugará con el viento, con la nube conversa
y cantando se embriaga de su propio vía crucis,
y el Espíritu que anda por sus mismos caminos
llora al verle gozoso como un pájaro libre.

Los que amar él quisiera recelosos le miran
cuando no les provoca su talante sereno,
y compiten en ver quién le arranca más quejas
alardeando de ser implacables con él.

En el pan y en el vino que a su boca destinan
mezclarán salivazos y cenizas hipócritas,
tiran lejos de sí todo cuanto ha tocado
y se acusan de haber puesto el pie en sus pisadas.

Por las calles y plazas su mujer va gritando:
«Pues me ve tan hermosa que me quiere adorar,
quiero el culto de un ídolo en los tiempos antiguos.
y como ellos exijo que con oro me cubran;

embriagarme con nardo, con incienso y con mirra,
con manjares y vinos, con rodillas dobladas,
quiero ver si es posible usurpar en un hombre
entre risas el culto tributado a los dioses.

Hasta que, ya cansada de esas farsas impías,
pose en él mis dos manos delicadas y fuertes;

y mis uñas, igual que unas garras de arpía
se abran paso hasta el fondo de su fiel corazón.

Igual que un pajarillo tembloroso he de ver
aún latiendo su rojo corazón en mis manos,
para hacer que se sacie mi animal favorito,
arrojándolo al suelo con profundo desdén.»

Hacia el Cielo en que ve un espléndido trono,
el Poeta sereno alza brazos piadosos,
y los vastos fulgores de su espíritu lúcido
le permiten no ver a las turbas furiosas:

«Te bendigo, Dios mío, Tú que das sufrimiento
cual divino remedio de impurezas humanas,
lo mejor y más puro de la esencia del mundo
que prepara a los fuertes a santísimos goces.

Yo sé bien que reservas un lugar al Poeta
en las filas dichosas de las santas legiones,
y que le has invitado a la fiesta perenne
de los tronos, virtudes y los ángeles todos.

Sé que sólo el dolor es nobleza, y la única
en que mellan sus dientes el infierno y la tierra,
y que habrá que trenzar la corona celeste
con riquezas que albergue todo tiempo y lugar.

Las alhajas perdidas de la antigua Palmira,⁴
los metales ignotos y las perlas del mar
engarzados por Ti, no serán suficientes
para tan deslumbrante, bella y clara diadema;

4. Famosa ciudad de la antigua Siria.

porque sólo ha de ser de luz pura, arrancada
de ese santo esplendor de la luz primigenia,
ante el cual los luceros de los ojos mortales
no son más que empañados y dolientes espejos.»

II

EL ALBATROS

Como un juego, a menudo en los barcos he visto
cómo cazan albatros, grandes aves marinas
que son como indolentes compañeros de viaje
tras el barco que surca los abismos amargos.

Una vez han caído en cubierta, esos reyes
del espacio azulado son torpones y tímidos,
y sus alas tan blancas y tan grandes son como
blandos remos que arrastran lastimosos por tierra.

¡Pobre alado viajero, desmañado e inerte!
¡Él que fue tan hermoso ahora es feo y risible!
Uno acerca a su pico la encendida cachimba,
otro imita cojeando al lisiado con alas.

El Poeta es un príncipe, gran señor de las nubes,
cuya casa es el viento, que no teme al arquero;
desterrado en el suelo, entre el vil griterío,
sus dos alas gigantes no le dejan andar.

III

ELEVACIÓN

Por encima de estanques, por encima de valles,
de montañas, de bosques, de las nubes y el mar,
más allá, donde están sol y fluidos etéreos,
más allá de los límites de la esfera estrellada,

mente mía, te mueves toda tú agilidad,
y como un nadador que se entrega a las olas
surcas llena de gozo los inmensos abismos
con viril fruición que se siente indecible.

Que tu vuelo te lleve lejos de esos miasmas,
purifica tu vida en el aire más alto,
bebe como el más puro y divino licor
el sutil fuego que llena el límpido espacio.

Deja atrás todo el tedio y las vastas tristezas
cuyo peso avasalla la existencia brumosa;
feliz quien con la ayuda de las alas más fuertes
puede alzarse hacia campos luminosos, serenos.

Quien a modo de alondras va a tener pensamientos
que hacia el cielo del alba libremente se elevan;
quien está por encima de la vida y comprende
lo que dicen las flores y las cosas sin voz.

IV

CORRESPONDENCIAS

La Creación es un templo de entre cuyos pilares
hay palabras confusas que acertamos a oír;
pasa el hombre a través de los bosques de símbolos
que le observan con ojos habituados a vernos.

Cual larguísimos ecos que a lo lejos se funden
en lo que nos parece unidad oscura y honda,
vasta como la noche, vasta como la luz,
corresponden perfumes a colores y músicas.

Hay perfumes tan frescos como carnes de niños,
suaves sonos de oboes, verdes como praderas,
como hay otros corruptos, triunfales, pletóricos,

que se expanden igual que lo que es infinito,
como el ámbar y almizcle, el benjuí y el incienso,
arrebato sonoro de sentidos y de alma.

V

Amo tanto el recuerdo de ese tiempo desnudo
cuando Febo⁵ gustaba de dorar las estatuas.
La mujer y el varón, con sus ágiles cuerpos,
sin saber de ansiedades, sin mentirse gozaban,
recibían caricias de los cielos amantes
desplegando el vigor de su máquina noble.
Era fértil Cibeles,⁶ generosa en sus frutos,
no juzgaba a sus hijos una carga excesiva,
antes bien, loba grávida de ternura por todos,
con sus ubres morenas sustentaba la tierra.
Elegantes y fuertes, se preciaban los hombres
de beldades que les proclamaban sus reyes;
frutos puros, intactos, que ignoraban las grietas,
cuya carne apretada invitaba al mordisco.

Cuando quiere el Poeta revivir el encanto
de grandezas antiguas, donde hoy día se muestran
en total desnudez la mujer y el varón,
siente un frío oscurísimo envolviéndole el alma
ante un cuadro tan negro rebosante de horror.
¡Oh, esos monstruos que lloran sin tener un vestido!
¡Oh, ridículos troncos! ¡Torsos dignos de máscaras!
Pobres cuerpos deformes, blandos, flacos, panzudos,
enfundados de niños por el dios de lo Útil,
implacable, impasible, en pañales de bronce.
Y vosotras, mujeres, palideces de cera,

5. El Sol.

6. Diosa de la Naturaleza.

que la crápula roe y alimenta; y tú, virgen,
arrastrando la herencia de los vicios maternos
y de todo el horror de los vientres fecundos.

Es verdad que tenemos corrompidas naciones
y bellezas ajenas a los pueblos antiguos:
caras ya carcomidas por las úlceras de alma
y, digámoslo así, la beldad de lo lánguido;
mas los frutos recientes de las musas tardías
no podrán impedir que las razas enfermas
rindan su alto homenaje a lo que es juventud...
¡Juventud sacrosanta, sencillez, frente clara,
ojos límpidos como el manar de una fuente,
y que vierte a su paso, descuidada, lo mismo
que el azul de los cielos, que las flores o pájaros,
sus perfumes, su canto y su suave calor!